

los relatos de calibre   38



CÍRCULO CERRADO

© Sue Grafton

El accidente ocurrió un viernes por la tarde, cuando volvía para casa. El tráfico se movía rápido a lo largo de la autopista de Santa Teresa y también mi pequeño Volkswagen, a pesar de tener ya quince años. Y yo me encontraba muy bien. Acababa de resolver un caso difícil y llevaba en mi bolso un cheque de cuatro mil dólares. No está mal para una mujer detective que trabaja sola.

El sol brillaba sobre la autopista desde un cielo sin nubes. Yo conducía por el carril central. Al mirar por el retrovisor, vi a una joven en un pequeño coche blanco que se acercaba por el carril rápido. Un Porsche de color rojo brillante se aproximó por detrás de ella, y pensé que iba a meterse en el carril del medio por delante de mí para dejarle pasar, así que reduje mi velocidad. Por mi derecha llegaba un Toyota de color azul oscuro. Mientras miraba por el espejo oí un ruido fuerte, como un disparo.

Presté de nuevo atención a la carretera que tenía por delante. De repente, aquel pequeño automóvil blanco se trasladó de nuevo al

carril rápido. Parecía estar fuera de control. Golpeó la parte trasera del Porsche rojo, chocó con la valla en el centro de la autopista y, a continuación, volvió de nuevo a ponerse ante mí. Apreté el freno bruscamente. En ese momento, un Mercedes verde apareció de la nada y golpeó el frente del coche de la chica, para enviarlo fuera de la carretera. Detrás de mí todos los coches trataban de detenerse. Yo los pude oír chocar entre sí.

Todo ocurrió en un momento. Una nube de polvo en un lado de la carretera mostraba dónde había quedado el coche de la joven. Había chocado con uno de los postes de señalización, y la señal rota colgaba ahora del techo de su automóvil.

Dejé mi coche en el arcén de la carretera y corrí hacia el automóvil blanco, con el hombre del Toyota azul detrás. La cabeza de la chica había traspasado el parabrisas. Estaba inconsciente y con la cara cubierta de sangre. No pude abrir la puerta del coche, pero el hombre del Toyota la forzó.

—No la mueva —dije—. Que lo hagan los de la ambulancia. — Me quité el abrigo, y lo utilizamos para detener la sangre de los peores cortes. Era un hombre de veinticuatro o veinticinco años, con el pelo oscuro y unos ojos también oscuros y preocupados.

Alguien detrás de mí estaba pidiendo ayuda, y me di cuenta de que otras personas también habían resultado heridas en el accidente. El conductor del Mercedes verde estaba usando el

teléfono en mitad de la carretera, pensé que llamando a la ambulancia y a la Policía. El del Porsche rojo solo estaba allí, incapaz de moverse debido al shock. Miré de nuevo al joven del Toyota, que presionaba el cuello de la chica.

—Parece que está viva —dijo.

Le dejé con la joven y me dirigí a ayudar a un hombre con una pierna rota.

Al cabo de un rato llegaron la Policía, la ambulancia y una pequeña multitud de conductores que habían parado sus coches para mirar, como si un accidente de tráfico fuese un acontecimiento deportivo. Vi que estaba mi amigo John Birkett, un fotógrafo del periódico local, y observé cómo llevaban a la chica a la ambulancia. Después, con algunos de los otros conductores, tuve que contarle a un policía lo que había visto.

Cuando a la mañana siguiente leí en el periódico que la chica había muerto, me sentí muy mal. Había una breve nota sobre ella. Caroline Spurrier, de veintidós años, estudiante de último curso en la Universidad de California, Santa Teresa. Había venido de Denver, Colorado. La fotografía mostraba una melena hasta los hombros, ojos brillantes y una sonrisa feliz. La muerte de la joven me oprimió el pecho como una losa.

Esa semana estaban pintando mi oficina, así que, mientras tanto, trabajaba en casa. El jueves por la mañana llamaron a la puerta.

Abrí. Al principio pensé que la joven muerta estaba viva de nuevo y de pie en el umbral. Pero caí en la cuenta que se trataba de una mujer de unos cuarenta años.

—Soy Michelle Spurrier —dijo—. Tengo entendido que vio el accidente de mi hija.

—Por favor, pase. Siento mucho lo ocurrido.

Al principio no podía hablar, después lentamente llegaron las palabras.

—La Policía examinó el coche de Caroline, y encontró un agujero de bala en la ventanilla del pasajero. Mi hija recibió un disparo.

Comenzó a llorar. Cuando estuvo más tranquila le pregunté:

—¿Qué le ha dicho la Policía?

—Piensan que es un crimen. El funcionario con el que hablé cree que es uno de esos asesinatos de autopista: un loco que, sin razón alguna, dispara contra un vehículo.

—Ha habido bastantes de ese tipo en Los Angeles —dije.

—Bueno, pero no puedo aceptar eso. ¿Por qué estaba en la autopista en vez de estar trabajando? Por las tardes tenía un trabajo. Allí me dijeron que lo dejó de repente sin decir una palabra a nadie.

—¿Dónde trabajaba?

—En un restaurante cerca de la universidad. Desde hace un año.

El gerente me dijo que un hombre le había molestado. Tal vez quiso alejarse de él.

—¿Sabía quién era ese hombre?

—Realmente no. Parece que habían salido juntos. Y continuó yendo a verla al restaurante, llamándola a todas horas, causando un montón de problemas. El teniente Dolan me dijo que eres detective privado. Quiero saber quién es el responsable de su muerte.

—Señora Spurrier, aquí la Policía hace muy bien su trabajo. Estoy segura de que hacen todo lo posible.

—Yo no estoy tan segura. Pero tengo que volver a Denver ahora. Mi marido está muy enfermo y me necesita en casa. Pero no puedo ir hasta que encargue a alguien que investigue por aquí. Por favor.

Le dije que lo haría. Después de todo, era un caso que me interesaba mucho.

—Necesito algunos nombres —dije.

Me dio los de la compañera de habitación de Caroline y del restaurante donde había trabajado.

Normalmente me suelo quedar al margen de los casos que lleva la Policía. El teniente Dolan, el oficial responsable de los casos de asesinato, no tiene mucho cariño a los investigadores privados.

Por eso me sorprendió que le hablase de mí a la señora Spurrier.

Tan pronto como se marchó, conduje hasta la comisaría de Policía, donde pagué seis dólares por una copia del informe policial. El teniente Dolan no estaba, así que hablé con Emerald, la secretaria del Departamento de Archivos.

—Quisiera algo de información sobre el accidente de Caroline Spurrier. ¿Nadie ha investigado desde dónde se hizo el disparo?

—No lo sé.

Pensé en el hombre del Porsche rojo. Estaba en el carril a mi izquierda, pocos metros por delante de mí, cuando ocurrió el accidente. El hombre del Toyota podría ser una ayuda.

—¿Qué pasa con los otros testigos? Éramos cinco o seis. ¿A quién se ha interrogado?

Emerald me miró enojada.

—Sabes que no estoy autorizada a dar este tipo de información.

—Vamos, Emerald. Dolan ya sabe que estoy haciendo esto. Él es el que le habló a la señora Spurrier de mí. Solo quiero un nombre.

—Bueno... ¿Cuál es? —Lentamente cogió algunos documentos.

Le describí al joven del Toyota, pensando que podía encontrarlo en la lista de testigos por su edad. Emerald miró la lista.

—¡Oh! El del Toyota dio nombre y dirección falsos. Dijo que era Benny Seco, pero se lo inventó. Quizás le buscaba la Policía.

Oí una voz detrás de mí.

—Bueno, bueno... ¡Kinsey Millhone! Y trabajando duro por lo que veo.

Me volví para encontrarme con el teniente Dolan, que estaba allí plantado con las manos en los bolsillos. Le sonreí abiertamente.

—La señora Spurrier se puso en contacto conmigo y me contrató porque quería saber más sobre la muerte de su hija. Me siento mal por la chica. ¿Qué es esa historia sobre testigos desaparecidos?

—Estoy seguro de que tenía una razón para dar un nombre falso —dijo Dolan—. ¿Has hablado con él?

—Solo un instante, pero quisiera saber si voy a verle de nuevo. ¿Crees que podría ayudarnos?

—De verdad me gustaría oír lo que nos iba a decir. Los demás testigos no se dieron cuenta de que la chica recibió un disparo. Tengo entendido que estuvo lo suficientemente cerca para hacerlo él mismo.

—Tiene que haber una manera de encontrarlo, ¿no crees?

—Nadie recuerda mucho sobre él, excepto el coche que conducía. Toyota azul oscuro, de hace cuatro o cinco años.

—¿Te importaría si hablo con los otros testigos? Podría sacar más provecho porque yo estaba allí.

Me miró un momento y después me dio la lista.

—Gracias. Muy bien. Te contaré lo que averigüe.

Fui al restaurante donde trabajó Caroline Spurrier. Yo misma me presenté al gerente y le conté que estaba investigando la muerte de Caroline.

—¡Oh, sí! Es terrible. He hablado ya con su madre.

—Ella me dijo que usted le contó algo sobre un tipo que había molestado a Caroline. ¿Puede decirme algo más?

—Es todo lo que sé. Nunca le vi. Durante los dos últimos meses estuvo trabajando por las noches. De pronto quiso volver a trabajar por el día para esquivarlo.

—¿Nunca le dijo su nombre?

—Terry, creo. Pensaba que estaba loco.

—¿Por qué salía con él?

—Me dijo que al principio era muy agradable, pero después se volvió muy celoso. La perseguía todo el tiempo en un Ford verde. Al final, supongo que se volvió completamente loco. Creo que vino a buscarla al restaurante un viernes por la tarde y por eso ella lo dejó.

Le di las gracias y me acerqué a los edificios universitarios donde había vivido Caroline. La chica que compartía su habitación estaba ocupada empaquetando sus pertenencias en cajas. Su nombre era Judy Layton. Tenía veintidós años, era estudiante de

Historia y su familia vivía en la ciudad. Cuando le pregunté por qué no vivía en su casa, me explicó que tenía una mala relación con su madre.

—¿Desde cuándo conocías a Caroline?

—Desde hace un año aproximadamente. Pero no la conocía muy bien.

Miré las cajas.

—¿Te marchas?

—Vuelvo a casa de mis padres. Pronto acaban las clases y mis viejos se van un mes a Canadá. Va a venir mi hermano para ayudarme en la mudanza.

—¿Caroline tenía novio?

—Salía con muchos chicos.

—¿Alguno en especial?

Sacudió la cabeza sin mirarme.

Lo intenté de nuevo.

—Caroline le contó a su madre que un hombre la molestaba en el trabajo. Que habían salido juntos. Y habían terminado ya su relación. ¿Te habló de él?

—No, no. No nos habíamos compenetrado. Ella iba a su bola y yo a la mía.

—Judy, la gente no mata sin razón. Algo le había ocurrido.
¿Puedes ayudarme?

—Usted no sabe si fue asesinato. El policía con el que hablé me dijo que tal vez se tratase de un loco en un coche.

—Su madre no está de acuerdo.

—Bueno, no puedo ayudarle. He dicho todo lo que sé.

Pasé los dos días siguientes hablando con los profesores y los amigos de Caroline. Parecía ser una buena chica querida por todo el mundo. Pero no conseguí ninguna información útil. Volví a la lista de testigos del accidente, hablando con cada uno de ellos. Todavía estaba interesada en el hombre del Toyota. ¿Qué razón podría tener para dar un nombre falso? No me parecía progresar en absoluto. Entonces, cuando estaba mirando en el periódico la foto del coche accidentado, tuve una idea. Recordé que John Birkett estaba en el lugar del accidente tomando fotografías. ¿Habría quizás una del hombre del Toyota? Veinte minutos después me encontraba en la oficina de Birkett, en el *Santa Teresa News*, mirando las fotografías.

—No hay ninguna imagen clara —dijo John.

—¿Y su coche?

John sacó otra foto del coche de Caroline, con el Toyota a alguna distancia más atrás.

—¿Puedes ampliarla?

—¿Estás buscando algo en especial?

—El número de matrícula —le dije.

Cuando ampliamos la fotografía pudimos leer las siete cifras y letras de la matrícula del estado de California. Sabía que debía informar al teniente Dolan, pero quería trabajar sola. Así que telefoneé a un amigo que tenía en el Departamento de Vehículos a Motor.

El número pertenecía a un Toyota del año 84, azul oscuro, y el propietario era Ron Cagle, domiciliado en McClatchy Way.

Mi corazón palpitaba pesadamente cuando llamé al timbre de la casa. Cuando finalmente se abrió la puerta de la casa, me quedé con la boca abierta. Hombre equivocado. Este era alto y gordo, pelirrojo y con ojos azules.

—¿Sí? —dijo.

—Estoy buscando a Ron Cagle.

—Yo soy Ron Cagle.

—¿Usted? ¿Es usted el propietario de un Toyota azul oscuro? —
Leí el número de la matrícula.

Me miró extrañado.

—Sí. ¿Ocurre algo?

—No sé. ¿Lo ha conducido alguna otra persona?

—Durante los últimos seis meses, no. Mire usted misma. —Me llevó a la parte trasera de la casa. Allí estaba un Toyota azul oscuro, sin ruedas y sin motor—. ¿Por qué lo dice? —preguntó.

—Este coche estaba en el lugar de un accidente donde murió una chica.

—Este no —dijo—. Ha estado quieto aquí, así como lo ve, durante seis meses. —Lo miró de nuevo con gran sorpresa—. ¿Qué es esto? —Señaló el número de matrícula y vi que los números eran diferentes.

Después de un momento me di cuenta de lo ocurrido.

—Alguien le robó las placas de matrícula y las sustituyó por estas.

—¿Por qué?

—Quizás robaron un Toyota como este y buscaban una matrícula nueva, para que la Policía no lo encontrara. —Me di cuenta de que se podía ver el coche de Cagle desde la carretera.

Llamé al teniente Dolan y le dije lo que había encontrado. Verificó la lista de vehículos robados y encontró que el número que ahora llevaba el coche de Cagle pertenecía a uno robado dos semanas antes. Dolan pensaba que aunque habíamos encontrado al hombre, podría no estar relacionado con el tiroteo. Yo no lo creía así, pero antes tendría que encontrar al joven con pelo y ojos oscuros.

* * *

Miré de nuevo la lista de testigos y llamé a todo el mundo. La mayor parte trató de ser útil, pero no había nada nuevo que añadir. Volví a la zona universitaria para buscar a Judy Layton. Seguro que sabía algo más.

Su apartamento estaba cerrado, y mirando por la ventana vi que estaba vacío. Hablé con el casero y obtuve la dirección de la casa de sus padres en Colgate, una zona situada al norte de la ciudad.

Era una casa agradable en una bonita calle. Llamé al timbre y esperé. Llamé de nuevo. Parecía que no había nadie en casa. Cuando volvía a mi coche, me fijé en el garaje de tres plazas situado a un lado de la casa. En este trabajo, a veces se tiene una sensación... una pequeña voz interior que te dice que algo va mal. Miré a través de la ventana del garaje. Dentro vi un coche, con toda la pintura raspada.

Forcé la puerta lateral del garaje y entré. Sí, el coche era un Toyota, y sin matrícula. Tenía que ser el mismo coche, y el conductor debería ser algún miembro de la familia Layton. Pero, ¿por qué no lo habían abandonado en algún lugar? ¿Pensaron que era demasiado peligroso? Eché un rápido vistazo al interior del coche. Bajo el asiento delantero vi una pistola, una 45. La dejé

donde estaba, y volví a mi coche. Busqué un teléfono y llamé a la Policía.

Mientras esperaba en el coche, vi un Ford verde oscuro que llegaba a la entrada. El conductor era el hombre que vi en el lugar del accidente. ¿Era el hermano de Judy? Se parecían algo. ¡Así que no quiso hablar sobre su hermano!

De pronto reparó en mí y al reconocermelo vi el terror en su cara. Aceleró el Ford y fui tras él. Adiviné que iba a tomar la autopista. Cuando la alcanzamos no me llevaba mucha distancia, giró hacia el sur y pronto estuve justo tras él.

Para superar la lentitud del tráfico, abandonó la carretera y circuló por un arcén en mal estado. Le seguí. No dejaba de mirarme por el retrovisor. Quizá por eso no vio ni operarios ni maquinaria, hasta que fue demasiado tarde.

Fue directamente contra ellos, con un estrépito que me heló la sangre. Llevé mi Volkswagen a un lugar seguro. Era revivir de nuevo el primer accidente, con los hombres de las ambulancias y la Policía por todas partes. Al fin vi dónde me encontraba. Los obreros, con sus atuendos de color naranja, estaban colocando una nueva señalización de autopista que sustituía a la que el coche de Caroline había destrozado. Terry Layton había muerto exactamente en el mismo lugar en el que la había matado.

Pero ¿por qué lo hizo? Supongo que el gerente del restaurante

tenía razón, y los celos le habían vuelto loco. No demasiado loco, sin embargo, para llevar a cabo un cuidadoso plan que incluía el robo de un coche y de unas placas de matrícula. Y ahora, además, estaba muerto.

Traducido del inglés por Jokin Ibáñez